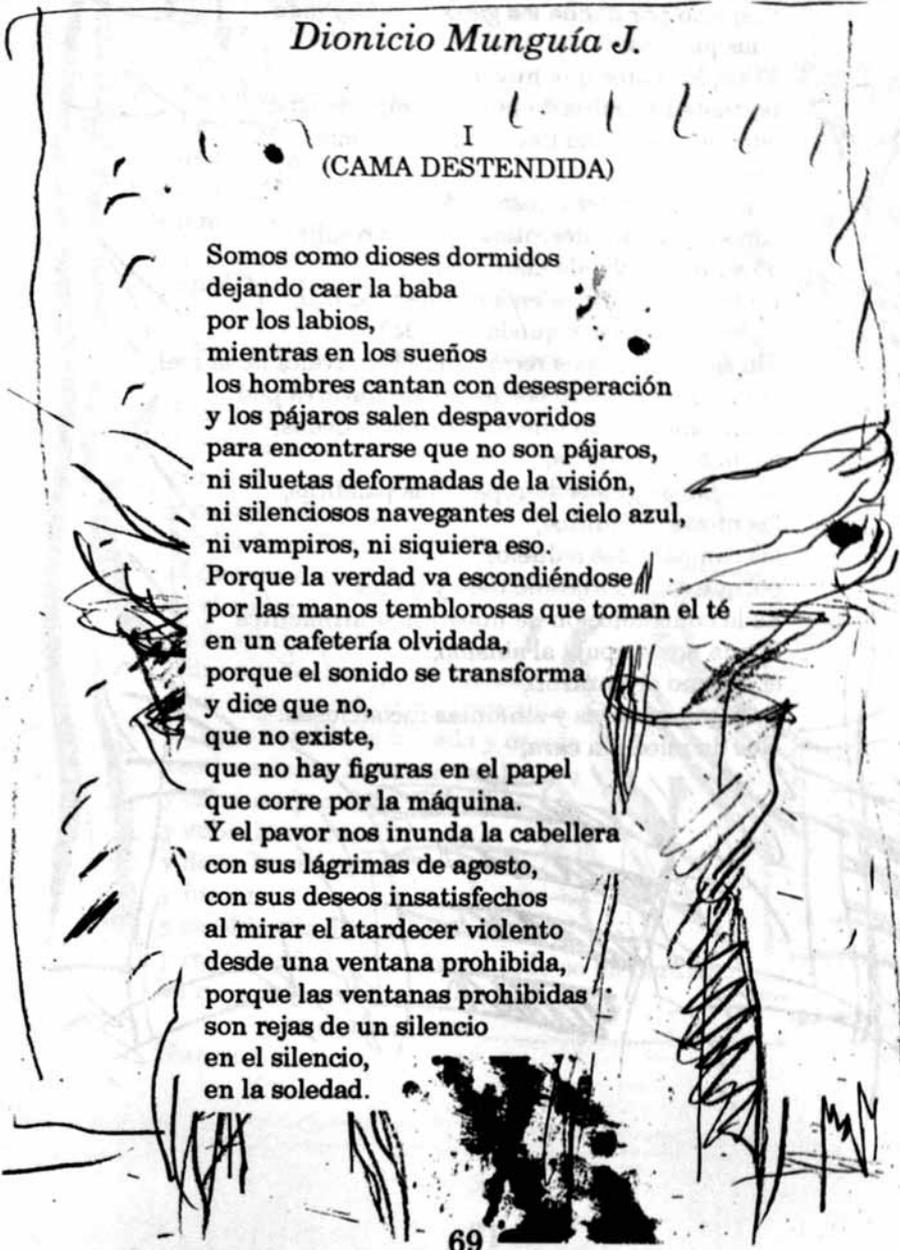


Retrato de una soledad disfrazada

Dionicio Munguía J.

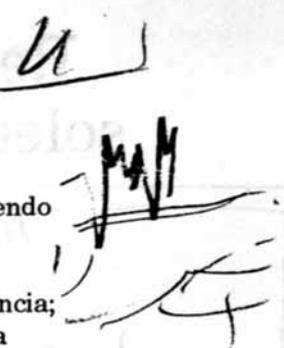
I
(CAMA DESTENDIDA)



Somos como dioses dormidos
dejando caer la baba
por los labios,
mientras en los sueños
los hombres cantan con desesperación
y los pájaros salen despavoridos
para encontrarse que no son pájaros,
ni siluetas deformadas de la visión,
ni silenciosos navegantes del cielo azul,
ni vampiros, ni siquiera eso.
Porque la verdad va escondiéndose
por las manos temblorosas que toman el té
en un cafetería olvidada,
porque el sonido se transforma
y dice que no,
que no existe,
que no hay figuras en el papel
que corre por la máquina.
Y el pavor nos inunda la cabellera
con sus lágrimas de agosto,
con sus deseos insatisfechos
al mirar el atardecer violento
desde una ventana prohibida,
porque las ventanas prohibidas
son rejas de un silencio
en el silencio,
en la soledad.

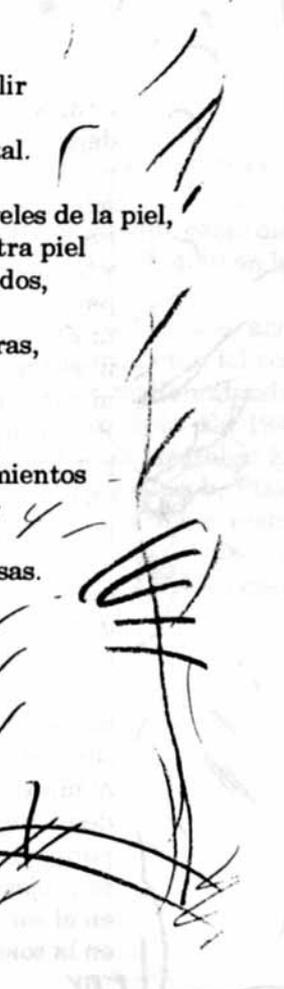


Somos como dioses que despiertan
asustados de su obra,
y derrumban los castillos de naipes
y derraman la sal en la mesa
y lloran despacio,
despacio por donde los gatos van huyendo
a las piedras.

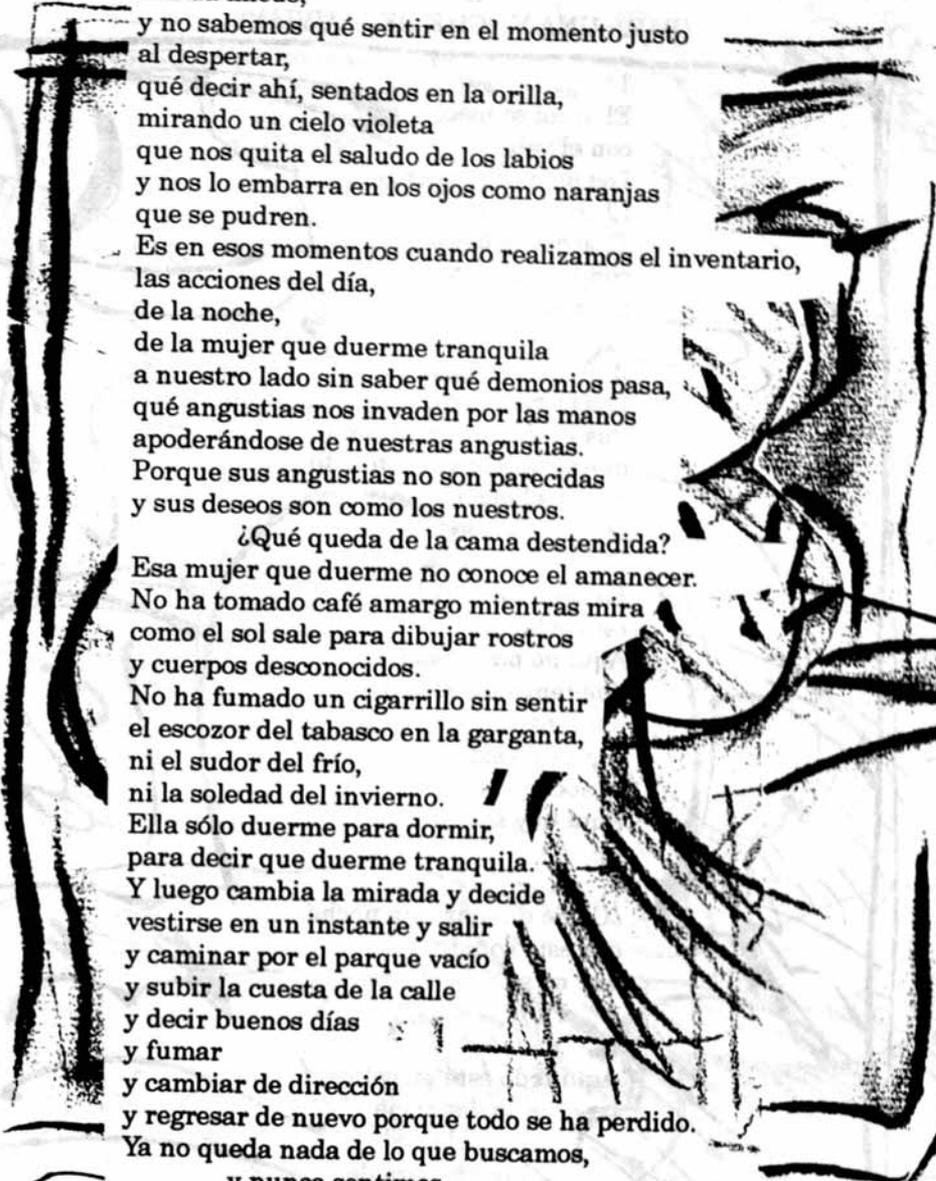


Ellos, los gatos que huyen,
no tienen la culpa de nuestra impaciencia;
además, cada uno tiene la impaciencia
a su modo,
con su particular e insano deseo
con sus huellas derrotistas para no salir
de aquí, de allá, de donde sea.
Cada uno se hunde en su propio lodazal.

¿Qué nos queda de todo?



Sin saberlo, vamos recordando los niveles de la piel,
vamos recorriendo por la piel de nuestra piel
los mismos dedos que son nuestros dedos,
los mismos aromas,
las mismas ganas de repetir las palabras,
las misas a difuntos,
las campanadas a duelo,
porque somos hijos de todo y de nada.
Es la contradicción de nuestros sentimientos
lo que nos empuja al abismo,
el abismo de corazón,
de fugas, sonatas y sinfonías inconclusas.
Nos da miedo la cara,



nos da miedo,
y no sabemos qué sentir en el momento justo
al despertar,
qué decir ahí, sentados en la orilla,
mirando un cielo violeta
que nos quita el saludo de los labios
y nos lo embarra en los ojos como naranjas
que se pudren.

Es en esos momentos cuando realizamos el inventario,
las acciones del día,
de la noche,
de la mujer que duerme tranquila
a nuestro lado sin saber qué demonios pasa,
qué angustias nos invaden por las manos
apoderándose de nuestras angustias.
Porque sus angustias no son parecidas
y sus deseos son como los nuestros.

¿Qué queda de la cama destendida?

Esa mujer que duerme no conoce el amanecer.
No ha tomado café amargo mientras mira
como el sol sale para dibujar rostros
y cuerpos desconocidos.

No ha fumado un cigarrillo sin sentir
el escozor del tabasco en la garganta,
ni el sudor del frío,
ni la soledad del invierno.

Ella sólo duerme para dormir,
para decir que duerme tranquila.

Y luego cambia la mirada y decide
vestirse en un instante y salir
y caminar por el parque vacío
y subir la cuesta de la calle
y decir buenos días

y fumar

y cambiar de dirección

y regresar de nuevo porque todo se ha perdido.

Ya no queda nada de lo que buscamos,

y nunca sentimos.

Nunca.

II
(PARA UNA NOCHE DE LLUVIA)

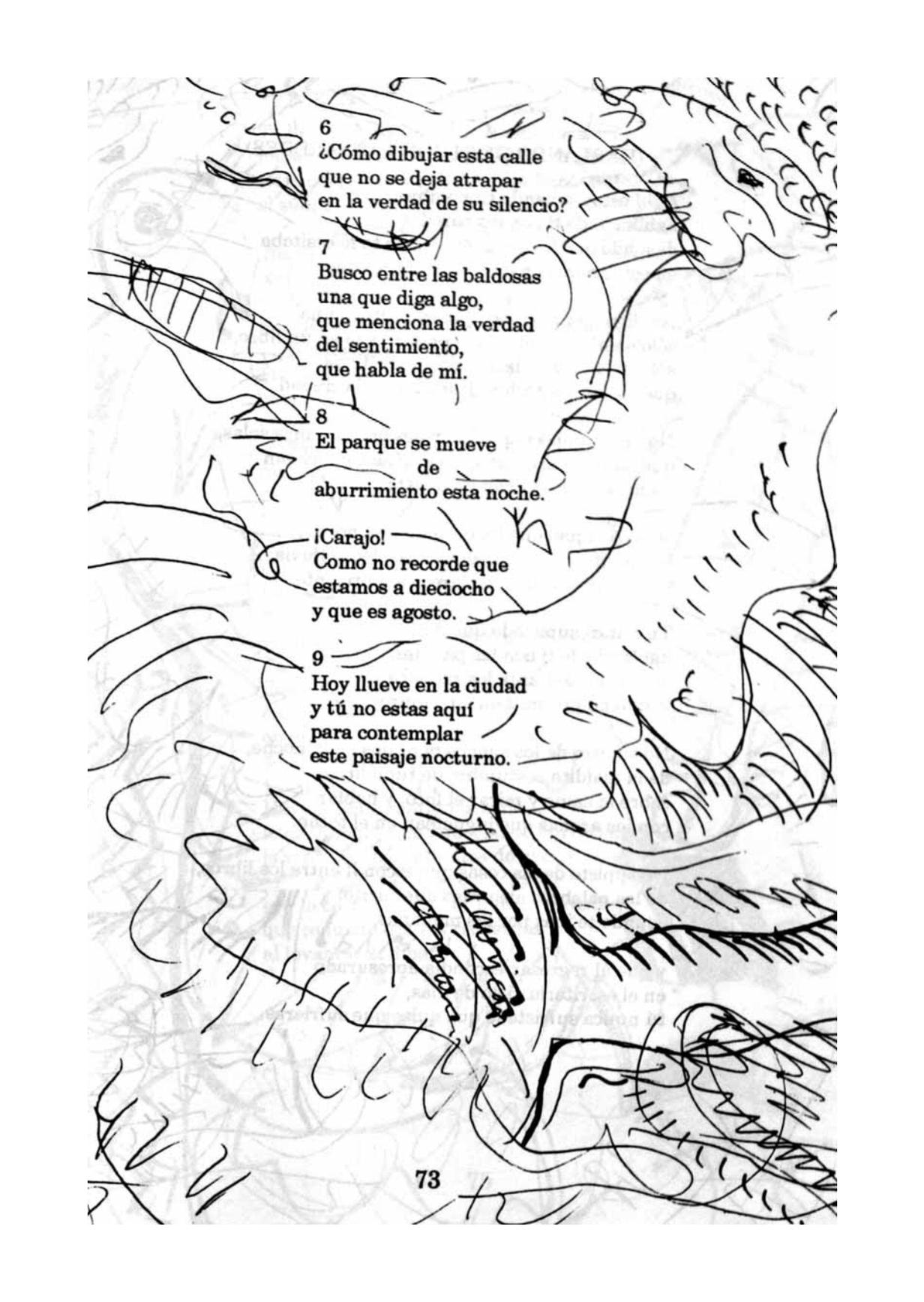
1
El árbol se mece
con el vals.
Las hojas duermen.
El tronco duerme.
El árbol se mece
con los suspiros
de la soledad.

2
Los autos pasan.
Sus ruidos son hojarasca
que se quiebra al contacto
con el silencio.

3
La calle esta noche
está sola.
Aquí no pasa nadie
que tenga un rostro
distinto
Aquí sólo existe
la noche.
Aquí hay sombras de más.

4
¿Cómo dibujar esta noche
con este sonido
que no se deja atrapar?

Aquí todo está en calma,
la distancia
sólo
nos separa de
los
ojos.



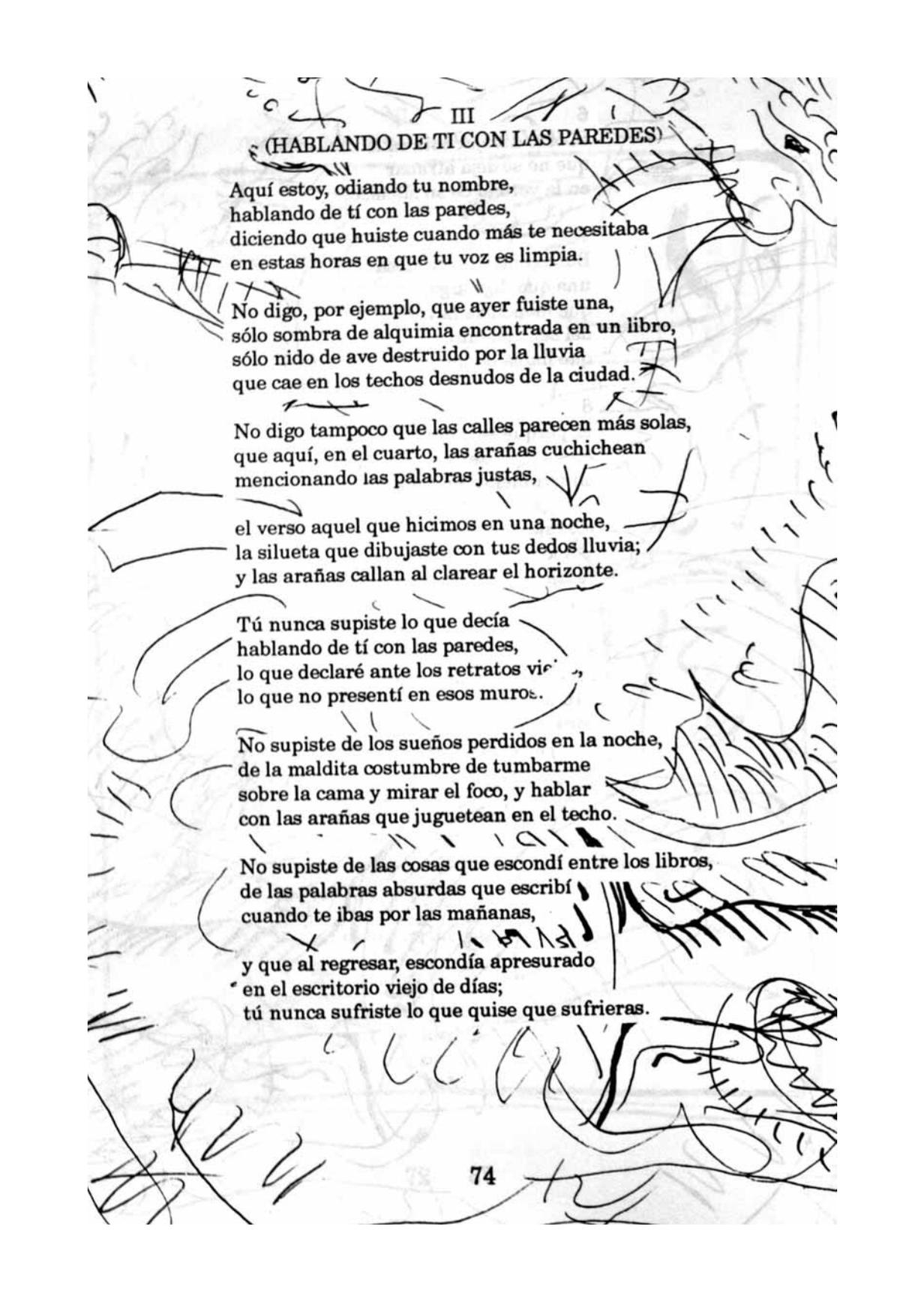
6
¿Cómo dibujar esta calle
que no se deja atrapar
en la verdad de su silencio?

7
Busco entre las baldosas
una que diga algo,
que menciona la verdad
del sentimiento,
que habla de mí.

8
El parque se mueve
de
aburrimiento esta noche.

¡Carajo!
Como no recuerde que
estamos a dieciocho
y que es agosto.

9
Hoy llueve en la ciudad
y tú no estas aquí
para contemplar
este paisaje nocturno.



III

(HABLANDO DE TI CON LAS PAREDES)

Aquí estoy, odiando tu nombre,
hablando de tí con las paredes,
diciendo que huiste cuando más te necesitaba
en estas horas en que tu voz es limpia.

No digo, por ejemplo, que ayer fuiste una,
sólo sombra de alquimia encontrada en un libro,
sólo nido de ave destruido por la lluvia
que cae en los techos desnudos de la ciudad.

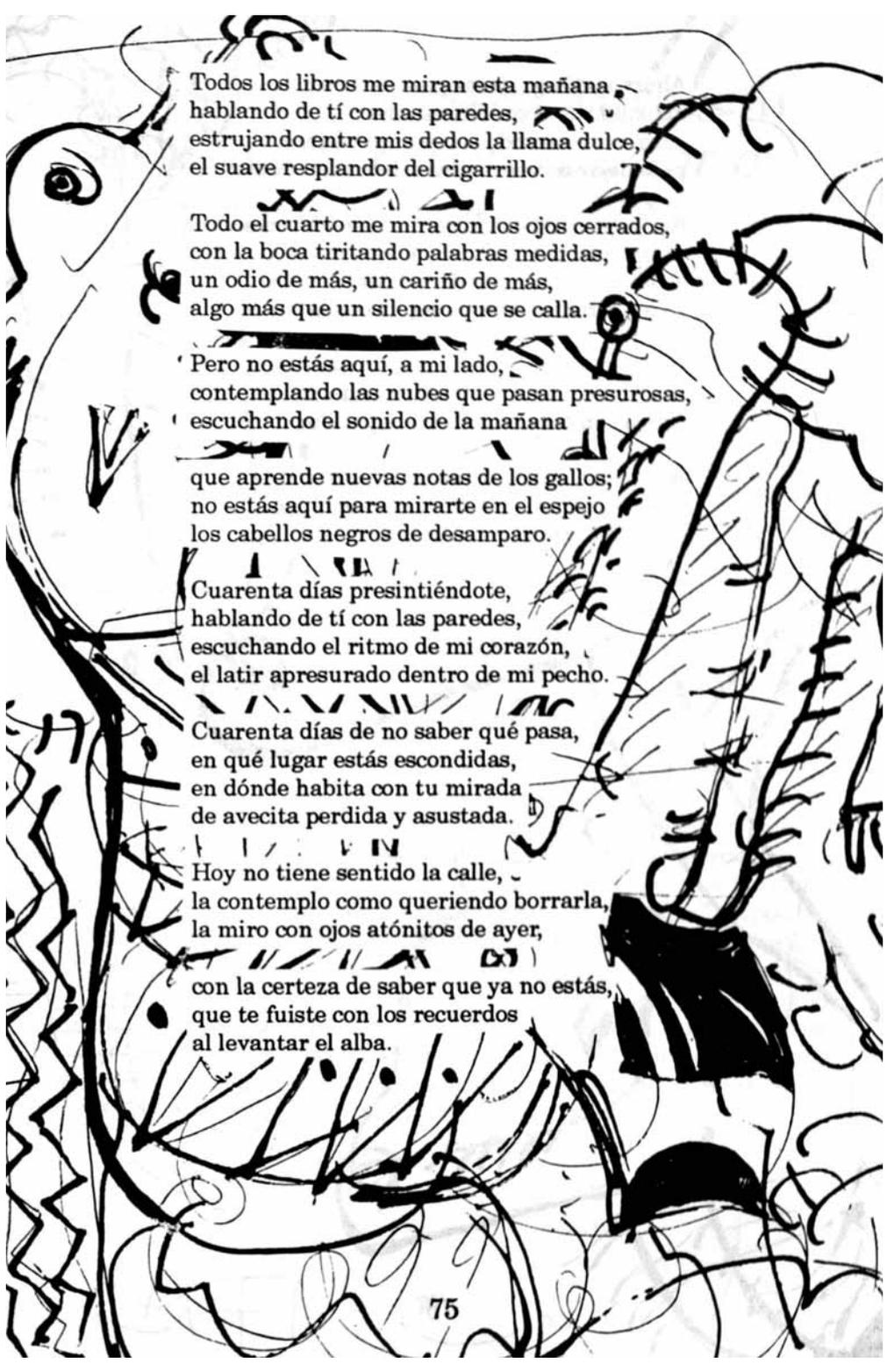
No digo tampoco que las calles parecen más solas,
que aquí, en el cuarto, las arañas cuchichean
mencionando las palabras justas,

el verso aquel que hicimos en una noche,
la silueta que dibujaste con tus dedos lluvia;
y las arañas callan al clarear el horizonte.

Tú nunca supiste lo que decía
hablando de tí con las paredes,
lo que declaré ante los retratos viejos
lo que no presenté en esos muros.

No supiste de los sueños perdidos en la noche,
de la maldita costumbre de tumbarme
sobre la cama y mirar el foco, y hablar
con las arañas que juegan en el techo.

No supiste de las cosas que escondí entre los libros,
de las palabras absurdas que escribí
cuando te ibas por las mañanas,
y que al regresar, escondía apresurado
en el escritorio viejo de días;
tú nunca sufriste lo que quise que sufrieras.



Todos los libros me miran esta mañana
hablando de tí con las paredes,
estrujando entre mis dedos la llama dulce,
el suave resplandor del cigarrillo.

Todo el cuarto me mira con los ojos cerrados,
con la boca tiritando palabras medidas,
un odio de más, un cariño de más,
algo más que un silencio que se calla.

Pero no estás aquí, a mi lado,
contemplando las nubes que pasan presurosas,
escuchando el sonido de la mañana

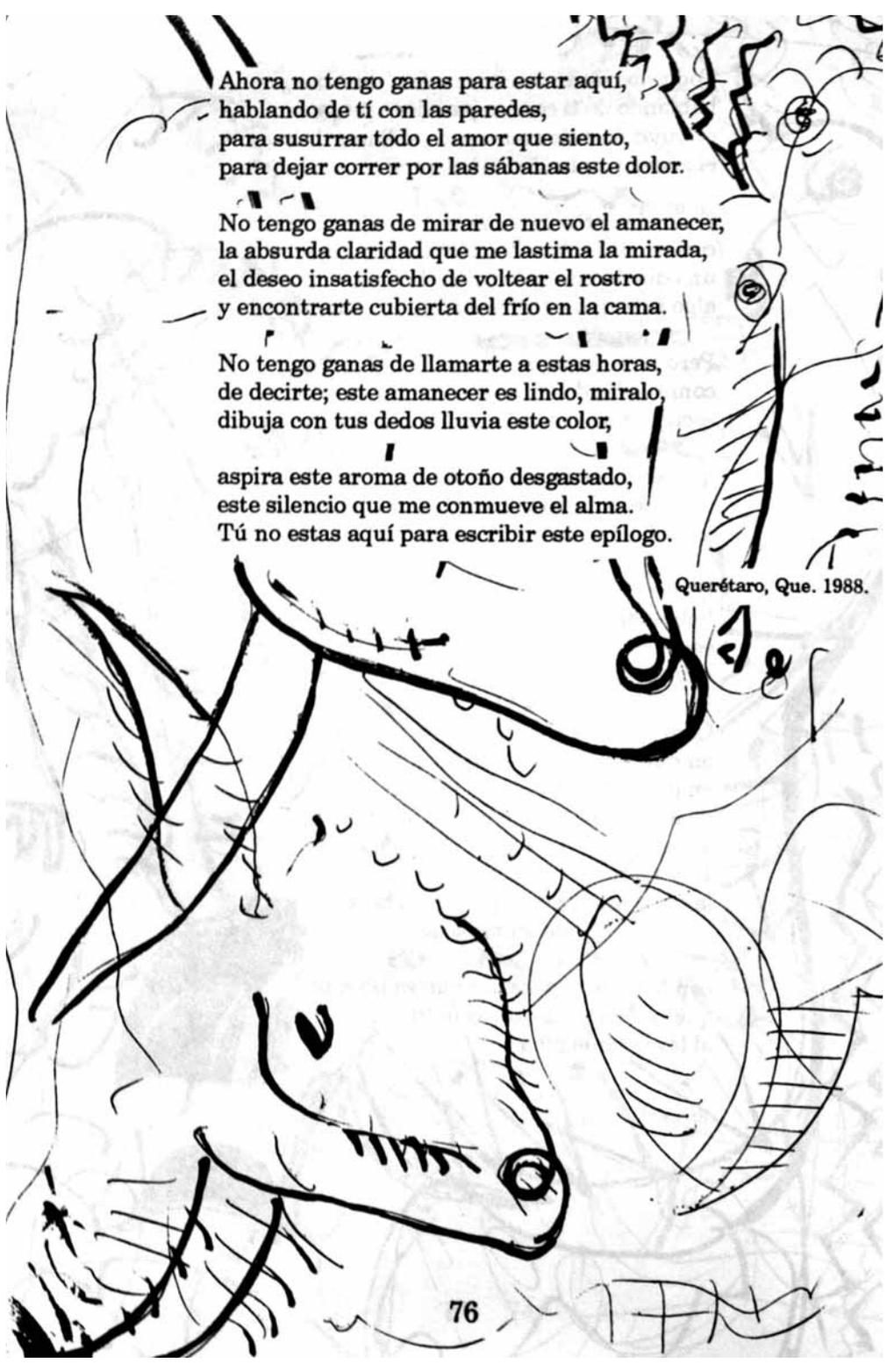
que aprende nuevas notas de los gallos;
no estás aquí para mirarte en el espejo
los cabellos negros de desamparo.

Cuarenta días presintiéndote,
hablando de tí con las paredes,
escuchando el ritmo de mi corazón,
el latir apresurado dentro de mi pecho.

Cuarenta días de no saber qué pasa,
en qué lugar estás escondidas,
en dónde habita con tu mirada
de avecita perdida y asustada.

Hoy no tiene sentido la calle,
la contemplo como queriendo borrarla,
la miro con ojos atónitos de ayer,

con la certeza de saber que ya no estás,
que te fuiste con los recuerdos
al levantar el alba.



Ahora no tengo ganas para estar aquí,
hablando de tí con las paredes,
para susurrar todo el amor que siento,
para dejar correr por las sábanas este dolor.

No tengo ganas de mirar de nuevo el amanecer,
la absurda claridad que me lastima la mirada,
el deseo insatisfecho de voltear el rostro
y encontrarte cubierta del frío en la cama.

No tengo ganas de llamarte a estas horas,
de decirte; este amanecer es lindo, miralo,
dibuja con tus dedos lluvia este color,

aspira este aroma de otoño desgastado,
este silencio que me conmueve el alma.
Tú no estas aquí para escribir este epílogo.

Querétaro, Que. 1988.